

REALIDAD DISCURSIVA DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA:

LÁGRIMAS DE COCODRILO DE XAVIER LABORDA

Natalia Fernández Díaz

Universidad Autónoma de Barcelona

[nataliafdezdiaz en yahoo es](mailto:nataliafdezdiaz@yahoo.es)

Xavier Laborda Gil

Lágrimas de cocodrilo. Análisis crítico del discurso político.

Barcelona 2012, Editorial UOC (Universitat Oberta de Catalunya).

150 páginas.

ISBN 9788497889919

cataleg.uoc.edu



No hay ejercicio más audaz y con menos posibilidades de éxito que transformar la experiencia pedagógica en un manual teórico y práctico que aglutine con eficacia los principios que el docente expone en clase. Xavier Laborda, en su libro “Lágrimas de cocodrilo” lo logra, y con creces. El proceso parece de una alquimia fácil: tomamos el

Natalia Fernández Díaz. 2012.

Realidad discursiva de la comunicación política: *Lágrimas de cocodrilo* de Xavier Laborda

Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación 52, 85-89.

<http://www.ucm.es/info/circulo/no52/fdiaz.pdf>

© 2012 Natalia Fernández Díaz

Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac) 52, 85-89.

Universidad Complutense de Madrid. ISSN 1576-4737. <http://www.ucm.es/info/circulo>

material didáctico trabajado con los alumnos, y hacemos, a partir de ahí, un texto poliédrico y ameno que da cuenta de todas las variables del discurso político y periodístico –eso que se denomina, con muchas matizaciones, discurso público-.

El texto parte de un postulado de la lingüística pragmática que se resume en que toda construcción de la realidad es discursiva –lo que contamos de la realidad surge del lugar que ocupamos en ella, y el lenguaje, en ese sentido, no es otra cosa que su albacea, la materia prima con la que fabricamos el barro de nuestra experiencia y sus innumerables afluentes-. El libro de Xavier Laborda se aproxima, con la perspicacia del analista de raza, pero también con bisturí fino, a seis panoramas del discurso público:

-Inaugura el libro el capítulo que lleva por título “Ironía y sarcasmo en el agradecimiento político”, un acercamiento al *speech* de algunos de nuestros representantes institucionales, y las formas en que ingredientes tan dispares como el ingenio, la adaptación a las expectativas del oyente (asertividad, empatía) o la cortesía juegan un papel fundamental en la persuasión y en la connotación. Lo inferido, lo no enunciado, connota: lo hace en el sentido barthesiano de generar significados secundarios, polisémicos, contenidos en cualquier acontecer semiológico.

-El asunto nada baladí de la sinceridad opuesto a la coherencia es el tema principal del capítulo “Promesas de sinceridad”, que da pie al autor a desmenuzar con brillantez una entrevista al juez Baltasar Garzón, a propósito del papel público de los políticos. Su veredicto no puede ser más inquietante: las declaraciones no se ajustan, ni siquiera mínimamente, a las máximas de veracidad, claridad o a la cláusula comunicativa referida a las promesas. Con ello se prueba que se pueden cumplir las máximas de la comunicación política sin atenerse a las que se relacionan con el dominio comunicativo o dialógico.

-La importancia, por parte del político, de saber transmitir tanto una ideología como unas estructuras comunicativas es el principal objeto de estudio en la tercera parte, “La política como conversación”. El autor continúa con el personaje de Baltasar Garzón y,

desde su posición de lector, completa la unidad interpretativa. Para ello recurre a las herramientas que le proporciona el Análisis Crítico del Discurso, o, al menos, algunas de sus variables, que se centran en las relaciones entre discurso y problemas sociales (idoneidad para liderar proyectos de responsabilidad, propuesta ideológica para suscitar consenso, etc.); entre el discurso y el poder (las relaciones no se negocian en el vacío, sino dentro de un perímetro discursivo); entre discurso y sociedad (cruce de interferencias, representaciones e identidades); entre discurso e ideología (aquí se recupera la afirmación tanto de Fairclough como de Wodak, para quienes la ideología ofrece sus útiles de representación, homogeneización de intereses y creencias, y por lo tanto cohesión grupal); entre discurso e historia (tradicción e intertextualidad). Además se establece que la relación entre texto y sociedad es mediata; la interposición de mitos, creencias, agendas temáticas, corrientes de opinión hace que sea inevitablemente así.

El análisis del discurso es interpretativo y explicativo (deberíamos apelar a la reflexión de Emilio Lledó y nuestras filias con las palabras, que nunca son las del primer día, porque el lenguaje llega a nosotros con su peculiar lastre semántico, con sus insoslayables cargas simbólicas, que hemos ido aquilatando, aceptando y perfeccionando). Y, por último, el discurso es una forma de acción social: nuestros énfasis hablan de nosotros, desde luego, y delatan nuestro lugar en la discursividad, pero, de igual modo, los silencios u omisiones aportan a la militancia discursiva tantos significados y nutrientes como el propio lenguaje manifiesto.

-Tratar de calibrar cómo la visibilidad/invisibilidad (más específicamente, la visibilización o invisibilización) de ciertos sujetos, agentes o grupos sociales puede suponer una forma de exclusión, es el reto que se plantea “Fantásticos forasteros”, un tupido alud de preguntas que tocan una fibra metafísica: ¿qué significa ser un “recién llegado” a una sociedad? ¿Hasta dónde llega esa categoría? ¿Cuándo expira nuestra pertenencia a esa periferia que nos excluye del grupo dominante, de sus intereses aparentemente homogéneos, de su historia común, de su sentimiento de arraigo identitario y territorial? Laborda se circunscribe al caso de la ciudad de Sant Cugat del Vallès, en la zona más rica que rodea Barcelona. Y pasa revista a todas las formas de la

alteridad, desde los “integrados” a los “de pura cepa”, con estadios intermedios, como los “de adopción”. Entre esos escalafones existe un hilo que consiente al “recién llegado” pasar por el proceso que lo convierte en un “pura sangre” local. Y denuncia el autor todo lo que contiene el tópico, desde el eufemismo hasta la ignominia, porque las categorías de exclusión se basan en algo parecido al linaje que, en palabras suyas, es “inaceptable en una sociedad democrática”.

-En la parte titulada “Malas noticias del Sur” se enfatiza la construcción noticial –y por ende, siempre discursiva- sobre los que vienen del norte de África, y las ideas que asociamos con su origen y con el conflicto. Destaca Laborda que nuestros medios de comunicación escritos se regodean en campos semánticos vinculados al terrorismo, y describe cómo el “norte europeo” se atrinchera frente a la “amenaza” del sur.

Y de los campos semánticos nos deslizamos peligrosamente, advierte el autor, a unidades de sentido más amplias, que conllevan, a la postre, una visión persuasiva de ciertos personajes. Por ejemplo, el inmigrante invisibilizado o la violencia “natural” de los nativos del sur. Laborda denuncia la opacidad contextual, o sea, la omisión de elementos pertinentes en torno a lo que antecede o explica un hecho y que, desvirtuados o silenciados, distorsionan o entorpecen su interpretación. Cuando se narran historias violentas y se las despoja de esos elementos, el resultado es que la barbarie queda reflejada en estado puro, sin matices, lo que refuerza el estereotipo del “otro” desalmado y cruel. Esto nos retrotrae a los componentes elementales y primigenios del estereotipo y aun del prejuicio: la generalización y la simplificación. El primero apela a la complicidad. El segundo convierte el núcleo de una idea en un esqueleto fácil de transportar y digerir.

-En el último capítulo, “Lágrimas de cocodrilo”, que da título al conjunto y que sirve para recapitular magistralmente todos los aspectos que se han ido abordando con minucia, se detiene ante la importancia de las falacias discursivas. Su atención, crítica sin perder el horizonte de la delicadeza, se centra en las noticias relacionadas con la

región de los Grandes Lagos africanos. Sobre todo, con la explotación del dolor infantil que abruma nuestras retinas con imágenes de niños anónimos y maltratados, no sabemos si por la guerra o por el propio oficio de vivir, puesto que los medios informativos utilizan la imagen del niño en genérico. Pero se trata de niños sin contexto, sin historia, de tal suerte que esa víctima que representa al todo por la parte, vuelve a ser víctima, en esta ocasión de un tratamiento informativo que no tiene como punto de partida explicar y, mucho menos dignificar, a quienes son retratados por su objetivo voraz. La iconografía que usa sin demasiados miramientos rostros de niños llorosos y aterrados no siempre va en consonancia con el texto, más proclive, en el caso de la tragedia ruandesa, a hablar de lo institucional que del sufrimiento de las personas. Esa divergencia no solo es una paradoja; es, también, desde una perspectiva estrictamente ética, una irresponsabilidad. Así lo deja entrever el autor. Y da ejemplos puntuales que confirman que le asiste la razón.

Cierra el capítulo, y por añadidura, el libro, una reflexión muy pertinente sobre nuestra capacidad de lectura, sobre el papel del lector. Porque leer no está exento de desafíos – el primero de ellos la perspicacia frente a las intenciones y la fuerza del mensaje-. Pero la labor más ardua del lector tal vez sea el discernimiento, porque los estereotipos y los prejuicios se presentan, en virtud de su capacidad de connivencia, como verdades tanto a los ojos del que escribe como a los ojos del que lee. Y el consenso y las complicidades sociales dificultan enormemente el ejercicio de leer con distancia. Con las herramientas –de probada utilidad, pedagógica y magistralmente descritas- que aporta el libro de Laborda, es realista suponer que esa meta es alcanzable. E incluso tranquilizadora.

Recibido: 30 junio 2012

Aceptado: 27 noviembre 2012

Publicado: 21 diciembre 2012